

HISTORIA DE LA MEDICINA

HOMENAJE AL DOCTOR ANICETO ORTEGA *

JUAN SOMOLINOS †

Distraigo sus mentes y dedico unos minutos de reflexión, para unirnos al recuerdo de uno de los nuestros. Conmemoramos hoy un centenario, los 100 años del fallecimiento del doctor Aniceto Ortega (fig. 1).

Sabemos que nació en 1825 y veinte años después, en la ciudad de México, terminó sus estudios de medicina. Posteriormente marchó a Europa donde permaneció dos años dedicado a los estudios clínicos y en particular a la obstetricia.

Aniceto Ortega regresó a México en 1851; formó parte de la Segunda Academia y adquirió más tarde por oposición el puesto de Director de la Casa de Maternidad. Inició su cátedra de obstetricia en la Escuela de Medicina y fue miembro del Consejo Superior de Salubridad. En julio de 1864 ingresó a esta Corporación y por los trabajos que publicó en la GACETA, descubrimos una variable inquietud.

* Presentación al programa musical que, en sesión extraordinaria de la Academia Nacional de Medicina, se celebró el 31 de octubre de 1975.

† Académico numerario.



1 Doctor Aniceto Ortega.

Aniceto abrazó la música y la medicina. En él convivieron el rigor científico y la musicalidad. En su trabajo creador descubrimos un romanticismo instintivo y tardío que se rectificó y depuró en el ambiente europeo. No obstante que desde muy pequeño estuvo en contacto con la música, la obra de Ortega maduró en París y su romanticismo musical, preocupado por indagar los comienzos de nuestra música, optó por el camino nacionalista.

Con el decaimiento de las tertulias, los buenos hábitos se han olvidado: en la casa del compositor mexicano don Tomás León, se reunían a charlar los médicos y los músicos. Entre los concurrentes asiduos estaban Aniceto Ortega, José Ignacio Durán entonces Director de la Es-

cuela de Medicina y Eduardo Liceaga que más tarde, a fines de siglo, sería la figura médica más importante del país. De esas tertulias surgió un *Club Filarmónico Mexicano*, convertido después en la *Sociedad Filarmónica de México*, de donde nació una escuela de música y por consecuencia el *Conservatorio de Música y Arte Dramático*. Aniceto Ortega encabezó la junta que fundó el Conservatorio; esto sucedía en 1866 y al cabo de dos años encontramos a Ortega y Liceaga como organizadores de las cátedras de composición y acústica en la Escuela de Música.

Ortega es inolvidable; fue de los últimos médicos mexicanos que cruzaron el romanticismo, y como otras personas han hecho un acabado retrato de él, aquí nos detenemos. La ocasión se presta sin embargo, para hacer algunas reflexiones sobre la música y los médicos. No es probable que la medicina deba a la música algo de su desarrollo, tendríamos que hablar de aptitudes y los dos campos son muy absorbentes. Me explicaré, creo que los médicos no podemos permitirnos el tiempo que la música requiere para un adecuado ejercicio; y al revés, al músico le es difícil detener su disciplina en deliberaciones clínicas. Quizás en cuestión de aptitudes el músico las tiene más arraigadas. El músico desde su infancia y en su tránsito hacia el hombre, aprende, practica, ejecuta y compone la música; no así el médico cuya conducta se forja por su interés caritativo, su personalidad filantrópica y su constante indagar. Se conjugan en él, las mismas etapas históricas de la profesión médica, y para ello, es el tiempo y la experiencia lo que fortalece esta vocación. Se puede asegurar que la profesión médica constituye un obstáculo en la producción musical, como también

suele serlo el desarrollo de la personalidad.

Nace el músico y se forja el médico, por esto encontramos muy pocas concurrencias de la medicina con la música. En la mayor parte de los casos la música del médico se reduce a un escape, a llenar sus tiempos de ocio, a cultivar su sensibilidad. Algunos médicos que gustan de la música, al escucharla se conforman con la crítica y la interpretación. En casos aislados, por obra y gracia del tiempo, el médico se ha convertido en un magnífico intérprete, mas no en compositor.

Lo anterior no implica que todos los médicos músicos hayan sido músicos malos o médicos mediocres, pero son pocos los ejemplos que demuestran esta dualidad. En la historia de la música, hallamos algunas, muy pocas coincidencias. Sabido es por todos que Alejandro Porfirievich Borodin, médico militar y profesor auxiliar de química en la Academia Imperial Rusa de Medicina, tocaba bien el piano y el violoncello y fue exitoso compositor, muy conocido todavía por su ópera *El Príncipe Igor*; ¿será este género el que expresa mejor la sensibilidad de los médicos? Menos conocido es el caso de Pedro Vellones, médico francés que supo combinar su profesión con las exigencias de la música; podríamos asegurar que se trata de un caso raro de médico que se convirtió en compositor profesional sin abandonar la medicina.

Los ejemplos son escasos e incompletos; hay casos de estudiantes de medicina que, por la música, abandonaron la carrera. Así fue Héctor Berlioz, que con el pretexto de estudiar medicina se instaló en París y haciendo caso omiso de la propedéutica dedicó sus horas a la formación musical. No terminó sus estudios, pero el

conocimiento médico se reflejó en su música. Berlioz concibió la orquesta como una *idée fixe*, la conceptuó como un inmenso organismo que aprovecha las posibilidades del instrumento para su fisiología. Es probable que el sentido orgánico orquestal que inventó Berlioz tenga mejores efectos en la actualidad, pues los instrumentos han sido perfeccionados y dan mayor brillantez a sus composiciones. Pero pongamos fin a estos breves ejemplos en donde he querido demostrar alguna relación entre los músicos y la medicina, pues no vale la pena hacer comparaciones. Cada personaje pertenece a su tiempo histórico.

Cuando el médico se convierte en crítico, se conforma con relatar las enfermedades de los músicos famosos, busca las relaciones entre la creación de estos artistas y sus padecimientos. Muchos artículos se han escrito sobre la tuberculosis de Chopin, la sordera de Beethoven, la salmonelosis de Mozart, la esquizofrenia de Schumann o las cegueras de Bach y de Haendel. Otros, no satisfechos con esto, han analizado el personaje médico de las óperas y composiciones musicales: el médico romántico de las óperas de Verdi, el charlatán imaginado por Donizetti, el siniestro médico de Offenbach, el médico cómico de Rossini; ejemplos todos de cómo los compositores trataron la medicina, cómo se sirvieron del personaje médico para sacar adelante los melodramas musicales. También se ha intentado convertir la música en medio terapéutico, aplicarla como tratamiento rehabilitador; se han estudiado los efectos psicológicos y somáticos de la música, se ha buscado aprovecharla para estimular o tranquilizar al enfermo, pero estos comentarios nos apartan de nuestro propósito.

Parece más interesante la especulación psicológica de por qué el médico se inclina más a la música que a otra forma de expresión. Es el campo psicoanalítico el medio más común para descubrir la escurridiza realidad de la creación artística. La medicina de hoy se preocupa cada vez más de la neurosis, del mundo afectivo, de factores psicósomáticos. Se llega a la conclusión de que la sociedad actual es neurótica. Los sistemas educativos están empeñados en enseñar a pensar a las gentes, sin tener en cuenta que pensar es un proceso automático y espontáneo que nace con la persona. Tal parece que hoy la educación se opone a que el hombre pueda mejorar su naturaleza, impide que las generaciones transmitan la sabiduría adquirida y por último, privan de libertad al increíble potencial creador que existe en cada individuo; se advierte que la educación en nuestras escuelas está abocada a crear la obsesividad que reside en toda neurosis.

La multiplicidad de tareas, el autocontrol, las formas semiautomáticas, el sometimiento ciego a un tecnicismo pedagógico, horarios absurdos, todo ello acentúa la conducta obsesiva y la neurosis del joven estudiante.

Ante los fenómenos que destruyen la creatividad, el espíritu busca el aislamiento protector, su defensa es la soledad que después se califica de neurosis. Muchas personas tienen la seguridad de que capacidad creadora y cierta desviación psicológica son inseparables, pero el fenómeno podría enfocarse al revés, que para dejar de ser neurótico habría que ser artista.

No se puede menos que ser entusiasta cuando se repara en el avance de la medicina en los últimos decenios; gracias a las nuevas técnicas y al numeroso acervo de

medicamentos, a la pericia de los cirujanos y a las acciones preventivas se ha conseguido atenuar y suprimir enfermedades que antes disminuían a la humanidad. Desgraciadamente el optimismo se termina cuando se contempla el ejercicio diario de la profesión. Allí se entremezclan compulsiones innovadoras y defectos crónicos que hacen de la medicina una perpetua crisis. No me refiero a nuestra medicina, sino a la medicina de todas partes; es un problema universal en donde medran el cientificismo, el profesionalismo, el tecnicismo, sin que se pueda establecer el justo medio.

¿Acaso haga falta un poco de arte para ciertos empeños de la medicina! ¿Es que la música clásica tiene un poder oculto y mágico que transforma al hombre común? Parecería que la buena música modifica



2 Portada de la Partitura de la Marcha Zaragoza.

3 Fragmento de la partitura original de la ópera Cuauhtemoczin.

The image shows a page of a handwritten musical score. At the top, the title "Cuauhtemoczin" is written in a decorative font, followed by the composer's name "C. Carrasco". The score consists of numerous staves, each with musical notation and lyrics. The lyrics are in Spanish and include phrases like "¡Ay, ay, ay!" and "¡Ay, ay, ay!". The notation includes various musical symbols, clefs, and dynamic markings. The paper appears aged and slightly yellowed.

la cantidad en calidad, cuando un médico de gustos musicales, desarrolla una sensibilidad y un sentido humano que ni siquiera la malicia o el escepticismo de la profesión ha podido disminuir.

La música es alivio de las gentes y por tanto de los médicos. El gusto y los pasos de la música son cuestión de estilos que se manifiestan en los hábitos del hombre. Cabe insistir en su definición: la buena música entra y sale por el oído, fenómeno acústico en donde el valor reside en la combinación artística de los sonidos.

La estética musical está basada en el fenómeno acústico, fenómeno que cambia a lo largo de la historia, pero siempre ofrece al oyente la facultad de invención, inventiva que a su vez parte de la fantasía del compositor.

Para nosotros los médicos es difícil sostener un equilibrio en la balanza de la ciencia y el espíritu, ¡pero ay de la ciencia que olvida la integración del espíritu!, yo creo que todo depende de una voluntad para el arte, lo que importa es fortalecer la profesión. Ojalá el gusto artístico

llegue a inundar el mundo, como esos diluvios que describen las historias sacras y que con su humedad apague el orgulloso materialismo de nuestra civilización.

El tema no se agota ni con mucho; la imagen de Aniceto Ortega, el médico y músico, permite deliberar con creces. De su recuerdo surgen estas y otras opiniones singulares, y naturalmente basta con nombrarlo para que vengan a nuestra memoria sus composiciones: valsos, marchas,

romanzas, mazurcas, nocturnos, música para piano. Perdura entre otras su invocación a Beethoven, su Marcha Zaragoza (fig. 2) y la ópera que le dio fama, Cuauhtemoczin (fig. 3).

Y para hacer vivo el recuerdo, tendremos esta noche en la Academia un selecto grupo de médicos que, acordes con las palabras expresadas, interpretarán algunas obras que servirán de respiro, dentro de nuestra intensa actividad profesional.